





UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

UNIVERSIDAD DEL ROSARIO

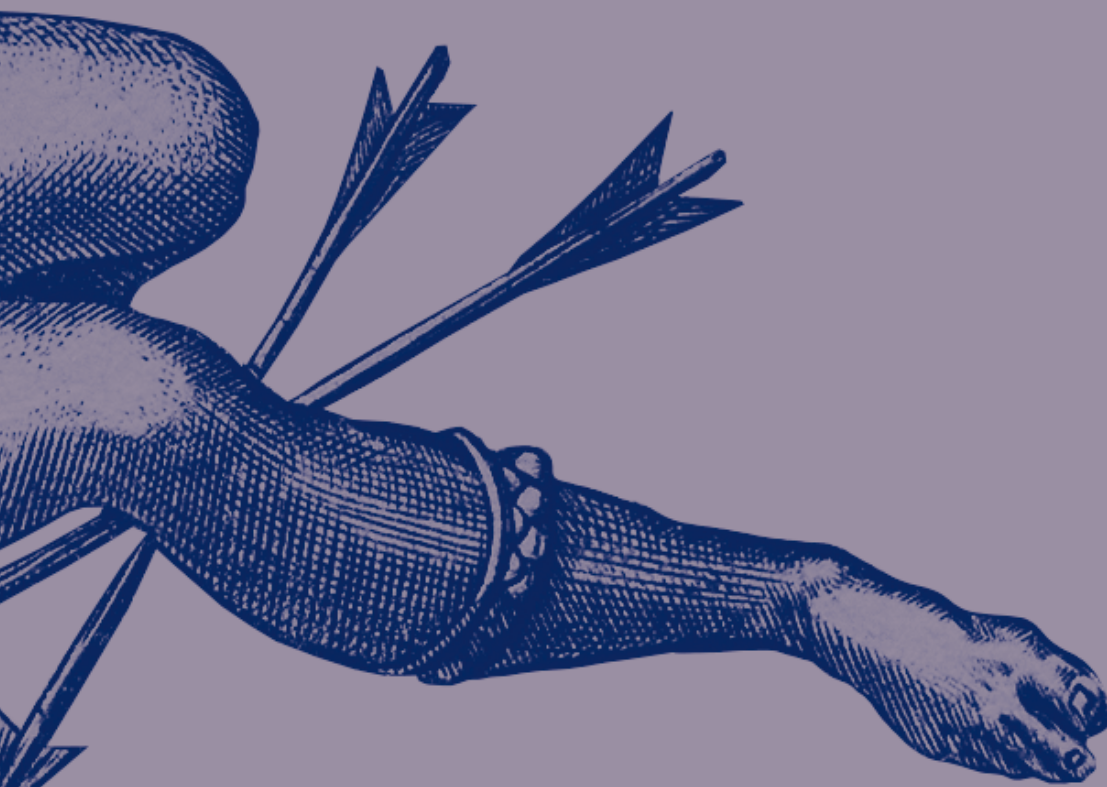
BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA

BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO

SEMINARIO CONCILIAR DE BOGOTÁ

EMBAJADA DEL REINO DE BÉLGICA EN BOGOTÁ

MUSEO PLANTIN-MORETUS (AMBERES)



# El sello DE Amberes

LIBROS FLAMENCOS EN  
SANTAFÉ, SIGLOS XVI Y XVII

**Muriel Laurent**

(EDICIÓN ACADÉMICA Y COMPILACIÓN)





Epictete

EN AMB  
POR HENRICO Y CORNELIO  
DE LIBRÓS A





to.

BERES  
VERDVSSSEN MERCADERES  
ÑO .M.D.CXCIX.



# contenido



## AGRADECIMIENTOS



pág. VIII



## INTRODUCCIÓN

De Amberes a Santafé:  
conexiones librescas entre  
los Países Bajos españoles  
y el Nuevo Reino  
de Granada

MURIEL LAURENT Y  
DANIEL MONTILLA



pág. XII

## PARTE I. LA MONARQUÍA HISPÁNICA

### CAPÍTULO 1

Los Países Bajos, la  
Monarquía Hispánica y  
Europa en los siglos XVI y XVII  
ADOLFO POLO Y LA BORDA



pág. 1

### CAPÍTULO 2

Amberes como centro  
tipográfico del siglo XVI y la  
primera mitad del XVII

DIRK IMHOF



pág. 16

## PARTE II. RECORRIDOS BIBLIOGRÁFICOS

### CAPÍTULO 3

Cigüeñas y leones: la  
tipografía amberina en  
las bibliotecas coloniales  
neogranadinas

MURIEL LAURENT



pág. 46

### CAPÍTULO 4

El imperio de Carlos V  
y Felipe II, las guerras de  
Flandes y América en los  
libros de Amberes

MURIEL LAURENT



pág. 78

### **CAPÍTULO 5**

Los libros religiosos flamencos de las bibliotecas coloniales de Santafé, siglos XVI y XVII: una muestra representativa

DANIEL MONTILLA



### **CAPÍTULO 6**

Las ciencias en los libros flamencos conservados en Bogotá

MURIEL LAURENT



### **CAPÍTULO 7**

Humanidades y letras en los libros flamencos conservados en Bogotá

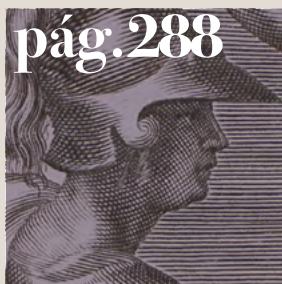
MURIEL LAURENT



### **CAPÍTULO 8**

El derecho en los libros flamencos conservados en Bogotá

MURIEL LAURENT

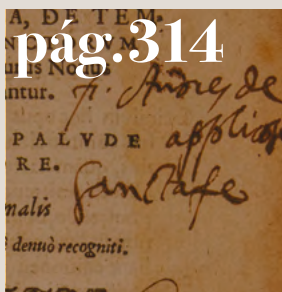


### **PARTE III. MARGINALIA, ALEGORÍA Y COLECCIONES**

#### **CAPÍTULO 9**

Circulación y lectura en el Nuevo Reino de Granada: lectores y usos de los libros flamencos (siglos XVI a XIX)

MURIEL LAURENT



### **CAPÍTULO 10**

Ilustrar para leer otra realidad: imágenes visuales alegóricas en los libros flamencos en la Nueva Granada

JAIME HUMBERTO  
BORJA GÓMEZ



### **CAPÍTULO 11**

La colección de libros flamencos de la Biblioteca Nacional de Colombia

CAMILO PÁEZ JARAMILLO



### **CAPÍTULO 12**

Un panorama del libro flamenco en la Nueva España

CÉSAR MANRIQUE FIGUEROA



### **ANEXOS**

- I. Bibliografía auxiliar
- II. Fondo de la colección de la Biblioteca Nacional
- III. Listado de títulos del resto de las bibliotecas



### **SOBRE LOS AUTORES**



### **CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES**







## Agradecimientos



Realizar en tan pocos meses la investigación que permitió escribir este libro, y previamente el guion de la exposición en la Biblioteca Nacional de Colombia y en la Biblioteca Luis Ángel Arango, hubiera sido imposible sin la colaboración constante, comprometida y entusiasta de Daniel Montilla. Tantos días de trabajo mancomunado dedicado a temas apasionantes nos dejaron muchos aprendizajes, unas pocas tensiones inevitables, considerables alegrías y bastantes risas. Mis agradecimientos son gigantescos, tanto por el resultado académico como, en lo personal, por la complicidad y amistad. Contar con su apoyo no hubiera sido posible sin la figura de monitoría de investigación que existe en la Universidad de los Andes y que, con algo de insistencia, logré conseguir. Agradezco a la Facultad de Ciencias Sociales por ello. Agradezco también al entonces decano Hugo Fazio por aceptar liberar mi tiempo docente durante cuatro meses para llevar en paralelo este proyecto y la dirección del Departamento de Historia. El entusiasmo de Julio Paredes, editor general de la Universidad de los Andes, por el proyecto y su iniciativa de concretar con este el segundo volumen de la Colección de Catálogos Uniandes fueron una motivación importante durante estos meses. Le agradezco enormemente su confianza. También estoy agradecida con la decana de la Facultad de Artes y Humanidades, Patricia Zalamea, por permitir incluir este volumen en aquella colección que ingenió su facultad.

En las bibliotecas bogotanas consultadas Daniel y yo recibimos el apoyo irrestricto de muchas personas. En la Biblioteca Nacional de Colombia mis agradecimientos van

primero a Camilo Páez Jaramillo quien, en calidad de coordinador del Grupo de Colecciones y Servicios, nos facilitó listas de títulos flamencos, acceso ilimitado al Fondo Antiguo, digitalizaciones del material necesario y autorización para tomar fotografías. También agradezco mucho a Robinson López, Andrés Arias, Diana Galindo, María Helena Vargas y Sandra Ruiz. Seguramente hubo en esta biblioteca otras personas que hicieron posibles nuestras consultas y realizaron gestiones de diversa naturaleza, a ellas también les agradecemos. A Diana Restrepo, directora de esta biblioteca, muchas gracias por el interés en la elaboración de este libro. En la Biblioteca Luis Ángel Arango mis agradecimientos son para Claudia Cristancho por facilitarnos la consulta y la digitalización del material, y también a las otras personas que, sin que las conociera, colaboraron en esta empresa. La directora de esta biblioteca, Ana Roda, se preocupó mucho por el proyecto y le agradezco por ello. Las bibliotecas antiguas del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y del Seminario Conciliar de Bogotá nos abrieron sus puertas sin titubeos. En la Universidad del Rosario fueron preciosas las colaboraciones que recibimos de Luis Enrique Nieto, (fallecido en octubre del 2020), director de la Unidad de Patrimonio Cultural e Histórico, y de Sandra Yazo en el Archivo Histórico, para conocer y consultar el material y para que fuera digitalizado. En la biblioteca del Seminario Conciliar de Bogotá encontramos en Sandy Barahona y en el padre Martín Gil Plata un increíble interés por nuestra investigación y un trato fantástico. Darnos el privilegio de conocer esta colección fue una experiencia maravillosa. Poder



involucrar varios títulos de su colección en este volumen es un aporte mayor. No hubiera sido posible sin la generosidad de Robinson López, quien me puso en contacto con Sandy. Les agradezco muchísimo a los tres.

El coleccionista Juan Francisco Hernández fue uno de los primeros y más entusiastas partidarios de este proyecto. Tuvo un importante rol en la iniciativa de rastrear la producción tipográfica flamenca importada al Nuevo Reino de Granada. Le agradezco haber tenido la voluntad de compartir su colección y el deseo de ponerla en valor para otros. Su constante interés por el avance del proyecto de exposición y de libro fue muy motivante, como lo fue el de la embajadora de Bélgica en Colombia, Jana Zikmundova, cuyo papel promotor fue igualmente crucial. Agradezco a la embajadora Zikmundova y a su equipo de trabajo. Gilles Bauwens, primer secretario, facilitó varios contactos relacionados con este libro, y Bruno Callebaut, cónsul, me compartió ideas y me resolvió expertamente alguna que otra consulta. La ayuda de Eva Brems fue inmensa para establecer comunicación con el Museo Plantin-Moretus y con su curador de libros raros y archivos, así como para obtener la traducción de su texto. A Carlos Julio Puentes, nuestro fotógrafo, y a todo su equipo técnico quiero agradecer por su profesionalismo y presteza.

Las extensas horas de sesiones fotográficas se hicieron menos tortuosas gracias a su eficacia y buen ojo. Los evaluadores del libro aportaron comentarios necesarios para mejorar el trabajo editorial y pulir las versiones de los autores. Les agradezco mucho por ello. También van agradecimientos a mis colegas Santiago Muñoz y Jaime Humberto Borja Gómez por compartir sus conocimientos conmigo, así como a mi padre Luc Laurent por su apoyo con una corta traducción del neerlandés. No puedo concluir estos agradecimientos sin recordar la deuda que tengo con Alberto Abello Vives quien, siendo entonces director de la Biblioteca Luis Ángel Arango, me invitó a involucrarme en lo que era la semilla del proyecto de exposición que devino en libro. Es una deuda que no me fue fácil atender y con la que sentí un compromiso ineludible luego de su muerte; no siempre supe si debía agradecerle haberme llevado a este tema de los libros flamencos en Santafé. Seguramente estaría encantado del resultado. Me entristece que no pudiera ser la compañía que hubiese sido maravilloso tener a lo largo del desarrollo del proyecto y que no haya podido conocer los frutos de la semilla que dejó sembrada. Ricardo, Bruno y Violeta supieron de mi felicidad al realizar este proyecto, de mis pocas frustraciones también. Gracias por compartir a diario.









**Introducción**  
**De Amberes a Santafé:**  
**conexiones librescas entre los Países Bajos**  
**españoles y el Nuevo Reino de Granada**

MURIEL LAURENT Y DANIEL MONTILLA



Entre los siglos XVI y XVII los Países Bajos españoles (territorio que correspondía, *grosso modo*, a los actuales Bélgica y Luxemburgo), gobernados por la monarquía Habsburgo, se convirtieron en uno de los centros culturales y comerciales más importantes de Europa. La en ocasiones afortunada y en otras ocasiones turbulenta trayectoria histórica de este territorio abarca desde su instauración como dominio singular e indivisible de la rama española de los Habsburgo por parte de Carlos V, alrededor de 1549, hasta su paulatina desintegración y final traspaso a la rama austriaca de la familia en 1714.

Durante buena parte de este periodo, en ciudades como Bruselas, Lovaina, Lieja y, especialmente, Amberes floreció una sofisticada y próspera industria tipográfica, gracias a la labor visionaria de distintas familias de impresores-editores como los Nucio, Steelsio, Verdussen y, quizás los más importantes de todos, Cristóbal Plantino y sus herederos, los Moreto. Evidencia de la enorme influencia intelectual, religiosa y artística de los Países Bajos españoles, los libros de las imprentas flamencas se comercializaron por todos los dominios del Imperio español, tanto en Europa como en América, por lo que hoy podemos encontrar cientos de ejemplares reunidos en las bibliotecas antiguas de Bogotá, otrora centro administrativo del Nuevo Reino de Granada.

La calidad y la reputación insuperables de la producción tipográfica flamenca atrajeron a los más destacados autores de la época, incluyendo a muchos españoles que prefirieron hacer editar sus obras en los talleres amberinos o bruselenses antes que en cualquier lugar del sur de Europa.

Los trabajos de muchos de los pensadores más trascendentales en la historia moderna de Occidente pasaron por las imprentas flamencas y fueron a parar —entre las bibliotecas privadas de eruditos viajeros, administradores coloniales y mercaderes, o entre las colecciones adquiridas por o para las comunidades religiosas regulares y seculares— hasta los lugares más recónditos de las colonias hispanoamericanas. Fue así como se conformó una buena parte de las bibliotecas coloniales (o “librerías”, como se les llamaba en aquel entonces) neogranadinas, entre las cuales las bibliotecas jesuitas y franciscanas de Tunja, Cartagena y Santafé resultarían ser las más copiosas e íntegras con el paso de los siglos.

Con la exposición *El sello de Amberes: libros flamencos en Santafé, siglos XVI y XVII* quisimos dar cuenta, aunque de manera irremisiblemente parcial, apenas exploratoria, del vasto patrimonio libresco conservado en las bibliotecas bogotanas que son herederas directas e indirectas de aquellas bibliotecas coloniales neogranadinas. La exposición ofreció una muestra representativa de las colecciones de libros flamencos de la Biblioteca Nacional de Colombia y de la Biblioteca Luis Ángel Arango, organizada, gracias a un encomiable esfuerzo de cooperación interinstitucional, alrededor de ejes temáticos comunes (aunque con contenidos complementarios entre sí) y de manera simultánea en ambas bibliotecas, para el mejor provecho del público asistente.

Este libro da un paso más en el sentido de poner en evidencia, aunque también de manera fragmentaria, la conexión establecida entre dos territorios del mundo católico



español por medio de los libros flamencos importados a Santafé. La selección expuesta fue ampliada en este libro con ejemplares pertenecientes a las bibliotecas antiguas del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y del Seminario Conciliar de Bogotá, así como con libros prestados por el coleccionista Juan Francisco Hernández.

En plena era digital, se trata de poner en evidencia el rol del libro como objeto cultural que conectaba espacios tan distantes del Imperio español como los Países Bajos meridionales y el Nuevo Reino de Granada. Explorar la circulación de saberes, ideas e ideologías posibilitada por aquel comercio transatlántico de libros ha sido nuestro principal interés. Más aún, con este intento exploratorio de abordar la historia de los libros flamencos traídos al Nuevo Reino quisimos sugerir nuevas rutas de exploración para los investigadores de la cultura y de la intelectualidad del periodo colonial.

En efecto, la inmensa diversidad temática de las obras expuestas —botánica, medicina, geografía, cartografía, geometría, astronomía, humanismo y letras latinas, literatura española, historia y derecho, sin mencionar la literatura religiosa contrarreformista y postridentina—, la variedad de idiomas —latín, español, francés, hebreo, griego y flamenco— y de formatos de edición en que fueron publicadas, las intervenciones plasmadas en sus páginas por personajes tanto religiosos como laicos, el lenguaje simbólico de sus ilustraciones y, en fin, todos sus contenidos y fascinante materialidad se nos presentan como documentos dotados de un gran potencial investigativo. Esperamos motivar su consulta, revisión y estudio.

El lector tal vez encontrará que este libro se asemeja, en su intención de exponer al público general el patrimonio bibliográfico de las bibliotecas coloniales neogranadinas, al volumen publicado por el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario<sup>1</sup>, titulado *Biblioteca antigua*, y a aquellos publicados por la Pontificia Universidad Javeriana en relación con sus propias colecciones antiguas, los tomos de *El libro de los libros* y sus compañeros<sup>2</sup>. Estos libros son importantes y los recomendamos por su calidad y por su contenido, especialmente por dar cuenta de títulos publicados en distintas ciudades europeas sobre distintos temas (en particular religión y derecho).

A diferencia de estos, nuestro trabajo se centra exclusivamente en los intercambios libresco entre los centros tipográficos flamencos y la ciudad de Santafé entre 1530 y 1714. Su foco no es una colección institucional particular, sino las colecciones de varias instituciones de libros publicados en las ciudades de Flandes. Su interés es mostrar la variedad temática de esta producción, su calidad tipográfica y su potencial influencia sobre la formación intelectual y la vida religiosa en la Colombia colonial y el primer siglo republicano. En suma, comparte características con los importantes volúmenes rosarista y javerianos, pero elige un camino particular.

Sobre los libros flamencos que durante el periodo en mención circularon en los imperios ibéricos existe un libro editado en Bélgica con ocasión de la inauguración de una exposición organizada por el Museo Plantin-Moretus de Amberes<sup>3</sup>. Su título, *Un mundo sobre papel*, retoma una idea

1 • *Biblioteca antigua. Circulación y conocimiento* (Bogotá: Universidad del Rosario, 2015).

2 • *Grabados antiguos de la Pontificia Universidad Javeriana. Colección Eduardo Ospina, S. J.* (Bogotá: Villegas Editores, 2009); *Bibliotecas Pontificia Universidad Javeriana. El libro de los libros I* (Bogotá: Villegas Editores, 2010); *Bibliotecas Pontificia Universidad Javeriana. El libro de los libros II* (Bogotá: Villegas Editores, 2011); *Bibliotecas Pontificia Universidad Javeriana. Libros de emblemas. Imagen y palabra en el Barroco* (Bogotá: Villegas Editores, 2012); *Biblias. Bibliotecas Pontificia Universidad Javeriana* (Bogotá: Villegas Editores, 2016); *Antiguos jesuitas. Sus libros. Bibliotecas Pontificia Universidad Javeriana* (Bogotá: Villegas Editores, 2017).

3 • Werner Thomas y Eddy Stols, eds., *Un mundo sobre papel: libros y grabados flamencos en el Imperio hispanoportugués (siglos XVI-XVIII)* (Lovaina - La Haya: Acco, 2009).





poderosa: los conocimientos de entonces fueron plasmados en papel y permitieron así la aprehensión por otros, a través del escrito, del mundo tal y como se representaba y entendía entonces en Europa. Estos libros flamencos que circularon por los imperios hispánico y portugués contribuyeron a la expansión global de la Europa cristiana, es decir, a la globalización del pensamiento europeo, pero también posibilitaron el mestizaje cultural entre América y Europa. Para dar una medida de este fenómeno, entre 1558 y finales del siglo xvii los españoles difundieron al menos 8000 libros en América, y a estos habría que sumar los envíos que escaparon al control de las autoridades, por ejemplo, pero no solamente, pasando por Canarias que gozaba de un régimen especial para comerciar con algunos puertos americanos. *Un mundo sobre papel* es clave para el tema que nos ocupa, pero no menciona al Nuevo Reino de Granada ni a Colombia; habla de España, Portugal, Brasil, la Nueva España, el Perú, el Río de la Plata, incluso China. Se dedica obviamente a Amberes y a los impresores flamencos, aborda tanto los libros como los grabados, pero no figura esta otrora colonia española.

Aquel libro tiene el gran mérito de ayudarnos a entender que la exportación de libros a América fue crucial y que la enorme producción de las imprentas europeas (hubo importantes impresores también en Madrid, Salamanca, Venecia, Lyon, París, Colonia, Frankfurt, Ámsterdam y Londres) fue clave para la circulación que demandaba el Imperio español para la evangelización, para la administración colonial, para la enseñanza de disciplinas concretas y para la formación letrada en general. Habida cuenta que

4 • Mauricio Nieto, “La caída del hombre natural”, en *Una historia de la verdad en Occidente. Ciencia, arte, religión y política en la conformación de la cosmología moderna* (Bogotá: Ediciones Uniandes y Fondo de Cultura Económica, 2019), 211-502.

Flandes era parte del Imperio, su producción de calidad debe retener la atención: estamos frente a la empresa de un imperio cristiano mediante el cual se jugó, en los siglos xvi y xvii, la globalización del pensamiento europeo y el mestizaje cultural.

Vale la pena profundizar un poco en este asunto, por las implicaciones que tiene para entender el contenido del presente libro. En su reciente obra *Historia de la verdad en Occidente*, Mauricio Nieto ofrece las coordenadas necesarias para entender el periodo del llamado Renacimiento y ponerlo en perspectiva<sup>4</sup>. La expansión marítima ibérica del siglo xvi puso en contacto culturas que se desconocían: Portugal se conectó con la India y España con América. Ello creó dos redes comerciales conectadas entre sí y permitió el dominio planetario de la Europa cristiana. Esta globalización tuvo en la imprenta la herramienta para sistematizar y estandarizar, pues era necesario hablar el mismo lenguaje (no necesariamente el mismo idioma) para poder estar en comunicación e intercambiar productos e ideas. Un gran logro de esta Europa del Renacimiento fue captar las formas de representar e interactuar con la naturaleza que tenían las culturas dominadas por su colonización e incluirlas en sus saberes y conocimientos. Ello permitió consolidar el eurocentrismo, que es el dominio por las ideas que se logró en múltiples campos (científico, humanista, artístico, comercial, religioso, entre otros). Como el lector podrá notarlo, los jesuitas fueron parte clave de esta red global, pues además del establecimiento de misiones, se preocuparon sobremedida por entender el mundo que los rodeaba, para lo cual formaron a importantes científicos y humanistas.

Dicho lo anterior, en el caso de la Nueva Granada la importación de libros europeos resultó un insumo crucial para la cultura letrada neogranadina, teniendo en cuenta que la única imprenta de Santafé, traída por la Compañía de Jesús, funcionó solo a partir de 1738 y apenas durante tres décadas<sup>5</sup>. Los libros flamencos —sin menospreciar los impresos producidos por la modesta imprenta jesuita o los ejemplares manuscritos redactados en el ámbito local desde los albores de la Colonia<sup>6</sup>— dieron un impulso esencial a la vida intelectual y religiosa del Nuevo Reino. Así, colmaron bibliotecas clericales (tanto conventuales como catedráticas) y particulares propiedad de administradores coloniales, sirvieron en las labores pedagógicas a todo nivel, además de suscitar controversias y discusiones.

¿Cómo se consolidaron las colecciones contemporáneas de libros antiguos a partir de estas bibliotecas coloniales? Tras la expulsión de la Compañía de Jesús de los territorios de la Monarquía Hispánica en 1767, con las colecciones jesuitas neogranadinas expropiadas se creó la Real Biblioteca de Santafé, cuya colección fundacional pasaría a integrar los haberes de la actual Biblioteca Nacional de Colombia. Luego, en el marco de la desamortización, por el Decreto de Extinción de Comunidades Religiosas de 1861, la entonces Biblioteca Pública de Santafé recibió los libros confiscados a las comunidades religiosas (agustinos, capuchinos, franciscanos, dominicos, carmelitas). Este es el origen del Fondo Antiguo de la Biblioteca Nacional de Colombia. Posteriormente, mediante compras y donaciones, se fueron sumando otros fondos de libros antiguos con énfasis

temáticos particulares, otrora pertenecientes a personalidades de la historia nacional: los fondos Rufino José Cuervo, Marco Fidel Suárez, José Celestino Mutis, Joaquín Acosta y Germán Arciniegas. En todos estos fondos es posible encontrar libros editados en los Países Bajos españoles<sup>7</sup>.

En cuanto a la Biblioteca Luis Ángel Arango, la institución conserva libros antiguos que proceden también de comunidades religiosas neogranadinas, algunos de los cuales llegaron mediante adquisiciones recientes, como por ejemplo el Fondo Gómez Dávila. A su vez, el Archivo Histórico de la Universidad del Rosario atesora parte de sus acervos históricos y, como en el caso del Seminario Conciliar de Bogotá, cuenta con volúmenes restituidos en el siglo xx a las comunidades religiosas que les habían sido expropiados en el siglo anterior.

En relación con los libros reunidos en la actualidad en las bibliotecas bogotanas, no sobra decir que han permanecido largamente desestimados por los historiadores, si bien unos cuantos trabajos se han dedicado seriamente a su estudio. Respecto a los libros flamencos en el Nuevo Reino de Granada, en particular, no existen estudios publicados<sup>8</sup>.

Sin embargo, la fascinante temática del libro en la temprana modernidad ha sido abordada por los historiadores desde varios ángulos que vale la pena señalar, sin entrar en detalle. La circulación del libro entre Europa (sobre todo el Imperio español) y el Nuevo Mundo, incluyendo lo relacionado con el comercio de libros y las bibliotecas coloniales, ha sido estudiada para los casos de Nueva España y el Perú. A su vez, el estudio de la tipografía flamenca y de las casas

5 • Jaime Borja, Santiago Robledo y José Luis Guevara, “Desviaciones en la historia del libro y la modernidad. El Nuevo Reino de Granada como centro de producción de información y conocimiento”, en *Biblioteca antigua*, 53-102; Mónica Patricia Fortich, “La Real Biblioteca de Santafé y sus aportes a la cultura”, en *Biblioteca antigua*, 110.

6 • José Luis Guevara, *La fábrica del hombre. Historias de viajes y usos de los libros del Nuevo Reino de Granada en el siglo xvii* (Bogotá: Universidad Javeriana, 2015); Borja, Robledo y Guevara, “Desviaciones”.

7 • Véanse <https://bibliotecanacional.gov.co/es-co/colecciones/bibliografica/libro-antiguo> y <https://bibliotecanacional.gov.co/es-co/colecciones/bibliografica/fondos-especiales>.

8 • Es preciso citar, aunque no haya sido publicada ni parcial ni totalmente, la tesis doctoral de César Esponda, elaborada en la Universidad Católica de Lovaina (Katholieke Universiteit Leuven [KUL]): César Esponda, “Books from the Low Countries in Colonial Colombia and Bolivia” (tesis doctoral, Universidad Católica de Lovaina, 2018).





editoriales de Amberes y Bruselas (como Plantino-Moreto, Verdussen y Velpio), y de sus relaciones con el mundo hispánico y americano, ha avanzado significativamente en los últimos años. Damos cuenta de la amplitud de esta producción historiográfica en la bibliografía auxiliar, ubicada al final del volumen y que crece cada día.

La historia del libro, por su parte, es un campo que ameritaría párrafos enteros, pero este propósito supera nuestros limitados objetivos. Valga mencionar que los estudios de Roger Chartier, Robert Darnton, Elizabeth Eisenstein, Peter Burke, Adrian Johns y Fernando Bouza, por mencionar solo algunos de los más influyentes, han abierto importantes líneas de análisis en relación con la historia social y cultural del libro, las bibliotecas, el mundo editorial y la lectura en Occidente. Los trabajos seminales de estos

autores (muchos de los más significativos publicados, especialmente, en los años ochenta y noventa) contribuyeron de manera destacada a la cimentación de la historia del libro como un campo académico diferenciado e interdisciplinar. Contribuciones desde la teoría literaria, la bibliografía analítica, la historia intelectual y la semiótica, entre otras, caracterizan al estilo historiográfico impulsado por ellos y seguido, revisado y ampliado por otros historiadores del libro hasta hoy. Sus estudios acerca de las transformaciones socioculturales acaecidas con la revolución de la imprenta de tipos móviles, la transición entre las culturas “manuscrita” e “impresa” en Europa, o la circulación del conocimiento impreso más allá de los confines geográficos europeos han hecho valiosos aportes como son la consideración del lector como agente

histórico, del libro y la biblioteca como instituciones culturales y de la volubilidad de los significados conferidos, a lo largo del tiempo y el espacio, a la palabra impresa.

Entre los aportes recientes nos gustaría destacar la intrigante investigación de Edward Wilson-Lee sobre la biblioteca privada de Hernando Colón, hijo de Cristóbal. Dicho estudio resulta especialmente pertinente en relación con la publicación de este libro: Hernando Colón fue el primer bibliófilo del que tengamos noticia en la Edad Moderna interesado por traer orden al caótico mundo del libro. En su natal Sevilla, Colón reunió cerca de 20 000 volúmenes procedentes de todos los centros tipográficos europeos en su momento de mayor auge, a inicios del siglo xvi. Entre las estanterías de su monumental biblioteca se hallaban toda suerte de obras, desde ejemplares lujosos hasta opúsculos baratos como hojas volantes y grabados sueltos. Su ingenio fue el de concebir varios sistemas de catalogación para facilitar la consulta del lector entre la profusa masa de impresos que salían sin cesar de las imprentas europeas desde que la máquina de tipos móviles de Gutenberg viera la luz a mediados del siglo xv. El hijo de Colón había ideado un revolucionario sistema de catalogación y consulta —basado en criterios temáticos y una clasificación de obras a partir de fichas, índices y palabras clave, muy reminiscente de la búsqueda digital de hoy— que permitía a cualquiera saber en qué consistía y dónde estaba lo que necesitaba entre el mar de conocimientos reunidos en esta biblioteca universal<sup>9</sup>.

Las bibliotecas contemporáneas comparten sistemas de catalogación

potentes de alguna manera emparentados con el de Hernando Colón, los cuales nos permitieron listar todas las publicaciones editadas en las ciudades de Amberes, Bruselas y Lieja entre 1530 y 1714 y así darnos cuenta de la diversidad de libros que se encuentran en las bibliotecas bogotanas hoy y de la riqueza de saberes que circularon durante el régimen colonial español.

Hacemos al lector una invitación: la de reconocer y atesorar nuestro patrimonio bibliográfico —un patrimonio compartido, en realidad, con Bélgica—, tan trabajosamente custodiado por bibliotecarios y bibliófilos entusiastas. Anhelamos que este libro pueda contribuir de alguna manera a ese importante propósito y que haga germinar más completas y complejas investigaciones.



Además de los aportes de la curadora y del asistente curatorial de la exposición *El Sello de Amberes*, este libro cuenta con textos de varios especialistas del periodo español, de la tipografía flamenca, de los libros flamencos en la Nueva España, de la cultura visual colonial y de las colecciones de la Biblioteca Nacional de Colombia. A continuación explicamos la estructura del libro, la lógica de sus partes y el orden de los capítulos.

La primera parte se dedica a ubicar las piezas principales del rompecabezas en cuanto a dos aspectos de la monarquía española. En primer lugar, Adolfo Polo y La Borda relata la historia del Imperio español en relación con su dominio sobre los Países Bajos meridionales, su impulso a la Contrarreforma y las rivalidades imperiales que desencadenaron los conflictos bélicos

9 • Edward Wilson-Lee, *La bibliothèque engloutie. La quête idéale du fils de Christophe Colomb* (París: Paulsen, 2019); Macha Séry, “Tout savoir sur Hernando Colomb, fou de savoir”, *Le Monde*, Le Monde des livres, París, viernes 13 de julio del 2019, 6.



que perfilaron a la región. Luego, Dirk Imhof nos adentra en el mundo de la tipografía amberina de los siglos XVI y XVII para poner en perspectiva la producción libresca de Flandes.

En la segunda parte se presentan diferentes recorridos bibliográficos sobre los distintos géneros temáticos de los libros flamencos que fueron traídos al Nuevo Reino de Granada y hacen parte de las colecciones de las bibliotecas bogotanas. Cinco de los seis capítulos de esta parte son de la autoría de Muriel Laurent.

El tercer capítulo da cuenta, a través de los ejemplos sacados de estos libros, de las más importantes dinastías de impresores-editores flamencos y de la calidad de sus trabajos tipográficos. El cuarto capítulo muestra las obras flamencas aquí conservadas que se dedican a las gestiones políticas y militares de Carlos V y Felipe II, entre las cuales ocupan un lugar importante las que narran las campañas militares españolas en Flandes, así como la presencia de América —su conquista y colonización, por un lado, su administración, por otro— en algunos de los libros que salieron de las imprentas flamencas. El quinto capítulo, escrito por Daniel Montilla, presenta los libros de carácter religioso que componen el grueso de los títulos importados durante los siglos XVI y XVII en razón de la evangelización católica en América.

Los siguientes tres capítulos tratan sobre las ciencias, el humanismo y la literatura y, finalmente, el derecho. La decisión de agrupar así las obras responde a una lógica discutible pero sencilla: separar las ciencias de las artes y tratar por aparte el derecho. A diferencia del capítulo anterior, sobre libros

religiosos, en el que se hizo una selección representativa, aquí quisimos dar cuenta de la variedad casi sin excluir títulos, de manera que resultó necesario contar con varias secciones, para lo cual había que elegir formas de agrupación que correspondieran con la forma como hoy pensamos las disciplinas, aunque entonces las fronteras no fueran tan claras.

La cantidad de estas obras es sin duda menor a la de las obras relacionadas con la religión, pero es indicativa de los intereses y las preocupaciones contemporáneas de la élite letrada neogranadina. Todas estas temáticas reflejan el espíritu de la época y dan cuenta del mundo tal y como era conocido entonces. Estos capítulos quieren dejar constancia, además, de los eruditos flamencos que fueron autores y editores de estas obras, y no solo de los de origen español o clásicos. En el capítulo sexto, sobre ciencias, están reunidos los trabajos en torno a botánica y medicina, matemáticas y geografía y cartografía. El capítulo séptimo, que se ocupa de humanidades y literatura, agrupa los libros sobre las letras latinas, el humanismo de Justo Lipsio, los libros de emblemas, las lenguas antiguas y modernas y la literatura del Siglo de Oro español. El capítulo octavo versa sobre el derecho, la materia estudiada más importante después de la teología.

La tercera parte está integrada por estudios monográficos bajo el título *Marginalia, alegoría y colecciones*. En capítulo noveno es de autoría de Muriel Laurent y revisa lo que los libros flamencos conservados en Bogotá informan sobre sus

usos y usuarios por medio de las marcas dejadas en ellos por sus sucesivos dueños, sean ellos individuos o instituciones. El capítulo décimo, escrito por Jaime Humberto Borja Gómez, analiza la iconografía de los diferentes tipos de grabados presentes en los libros (frontispicios, emblemas, retratos y blasones, por ejemplo) desde la perspectiva del lenguaje alegórico característico de la cultura visual barroca. Por su parte, el capítulo undécimo, cuyo autor es Camilo Páez Jaramillo, se centra en la colección de

la Biblioteca Nacional de Colombia, mayor repositorio de libros antiguos flamencos del país, en aras de realizar una caracterización de su contenido y empezar a sistematizarlo para su consulta pública. Terminamos con el capítulo de César Manrique que ofrece un panorama amplio acerca de la circulación de libros flamencos en Nueva España, caso a partir del cual se ilustran algunos de los mecanismos más comunes del comercio libresco transatlántico en los dominios americanos.





**PARTE I.  
LA MONARQUÍA  
HISPÁNICA**



Las provincias del sur de los Países Bajos se mantuvieron fieles al monarca hispano y al catolicismo. Ellas sirvieron de base no solo para los ejércitos que lucharon contra los rebeldes del norte, sino también como un bastión de la Contrarreforma católica.



# Los Países Bajos, la Monarquía Hispánica y Europa en los siglos XVI y XVII

ADOLFO POLO Y LA BORDA  
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

No son pocos los motivos por los cuales el imperio gobernado por Carlos V (1500-1558) ha sido considerado el más extenso y poderoso que hasta entonces había existido sobre la tierra. Se dice que el emperador, muy orgulloso de sus posesiones, habría llegado a afirmar que en ellas nunca se ponía el sol. Ciertamente, gracias a alianzas matrimoniales y un poco de fortuna, el joven Carlos heredó múltiples territorios en gran parte de Europa y América, tanto por línea paterna como materna. Su padre,

Felipe el Hermoso, era el hijo del emperador Maximiliano y soberano de las Diecisiete Provincias de los Países Bajos (que más o menos se corresponden con los actuales territorios de los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo, el norte de Francia y el oeste de Alemania)<sup>1</sup>. La madre de Carlos era Juana, la tercera hija de los Reyes Católicos, quien tras el temprano fallecimiento de sus hermanos mayores y de su sobrino se convirtió en la heredera de los tronos de sus padres<sup>2</sup>. De esta manera, el joven Carlos, que había



nacido y se había educado en los Países Bajos, fue proclamado en 1515 soberano de aquellas provincias. Muy poco tiempo después, se dirigió a la Península Ibérica para reclamar su herencia materna.

Este azar dinástico tuvo grandes consecuencias para la historia de los Países Bajos, Europa y el mundo en general. A partir de aquel momento, y por lo menos durante los siguientes dos siglos, los destinos de los Países Bajos y de España estuvieron estrechamente entrelazados. En efecto, desde entonces, y salvo el periodo de relativa autonomía entre 1598 y 1621, fueron parte del entramado político conocido como la Monarquía Hispánica: un sistema imperial, múltiple, profundamente diverso y con presencia global. Este imperio —y sobre todo con la incorporación de la Corona portuguesa (1580-1640)— se extendía no solo por Europa y América, sino que también alcanzaba África y Asia. Sus súbditos provenían de muy diversas naciones y hablaban lenguas tan distintas como, por ejemplo, castellano, quechua, francés, árabe, catalán, nahuatl, portugués, italiano, chino y flamenco.

Vale la pena señalar que esta asociación política, así como la gran mayoría de los reinos europeos de aquella época, era una monarquía compuesta<sup>3</sup>. Para ponerlo en términos muy simples, ello suponía que el rey era soberano de cada uno de sus reinos por separado, los cuales mantuvieron su autonomía, así como sus propias prerogativas, fueros, tradiciones y leyes, y los gobernaba como si fuesen entidades plenamente separadas y diferenciadas. Esto supuso graves dificultades a la hora de tratar de llevar a cabo las políticas imperiales,

puesto que no había una armonía en temas tan importantes como la tributación o la conformación y soporte de un ejército. Si bien hubo importantes procesos de centralización y, no hay duda, hubo conjunciones en las políticas y los intereses de cada reino, así como un creciente reconocimiento de que los individuos pertenecían a una comunidad política mayor, al mismo tiempo, los poderes locales lucharon férreamente para proteger sus privilegios, leyes y costumbres y se negaron, incluso por medio de la violencia, a perder sus derechos y particularidades<sup>4</sup>.

## Los Países Bajos Habsburgo

Al momento de la ascensión del joven Carlos al gobierno de los Países Bajos esta era una de las regiones más desarrolladas y ricas de Europa<sup>5</sup>. Durante los siglos xv y xvi ciudades sureñas como Brujas, Bruselas y Amberes atravesaron por una edad de oro. Debido a su posición estratégica, así como a innovaciones tecnológicas y financieras, dichos lugares se convirtieron en centros del comercio mundial; los portugueses vendían allí las especias que habían conseguido en Asia y a cambio obtenían el dinero, principalmente plata, que provenía de las cercanas minas alemanas y que, antes del descubrimiento de la plata americana, empezaba a engrasar el gran comercio mundial<sup>6</sup>.

Este despunte económico repercutió positivamente en otras áreas como fueron el desarrollo de su propia industria textil, pero también en el arte, la literatura, la educación y, por supuesto, el floreciente negocio librero. Esto hizo que los Países Bajos fueran uno de los epicentros del Renacimiento, así como del pensamiento humanista. Ejemplos

de este florecimiento son el anatomista Andreas Vesalius (1514-1564), médico de Carlos V, en cuya obra *De humani corporis fabrica* (1543) se describió e ilustró por primera vez el cuerpo humano con gran detalle y realismo; el geógrafo y cartógrafo Gerald Mercator (1512-1594), quien en 1569 publicó el primer mapa del mundo; así como el célebre Abraham Ortelius (1527-1598), cuya colección de mapas publicada en el *Theatrum Orbis Terrarum* (Amberes, 1570) fue el primer atlas mundial. El editor de Ortelius, Cristóbal Plantino, fue uno de los más reputados impresores de su época y su obra más destacada es la *Biblia Regia*, una biblia políglota (en hebreo, arameo, latín, griego y siríaco) de ocho volúmenes encargada por Felipe II. Pero quizás el más destacado humanista de aquella época fue Justo Lipsio (1547-1606), un profesor de Leiden y Lovaina que recuperó los trabajos de Séneca y Cicerón y encabezó el movimiento neostoico, el cual influyó profundamente en pensadores, políticos y artistas de la época<sup>7</sup>.

Sin embargo, este periodo de prosperidad pronto se vio alterado. La reforma religiosa que Martín Lutero inició en 1517 alcanzó rápidamente las provincias neerlandesas. En pocos años surgieron múltiples líderes religiosos y nuevas iglesias que atrajeron a miles de adeptos, particularmente en las provincias del norte. Dichas ideas y prácticas protestantes fueron prontamente reprimidas. Carlos V no estaba dispuesto a permitir que el protestantismo floreciese en su tierra. Esta represión generó mucho malestar entre la población local, con incluso algunas pequeñas rebeliones que fueron sofocadas de inmediato.

Estos conflictos internos se agudizaron aún más cuando en la década de 1540 Francia decidió intervenir militarmente. Los enfrentamientos entre Francia y España fueron una de las constantes de la época. Estas dos coronas lucharon de manera permanente por la hegemonía europea y trataron de desestabilizar a su adversario cada vez que fue posible. La posición de los Países Bajos era especialmente estratégica: debido a su geografía y fortificaciones resultaban muy difíciles de invadir, mientras que, por el contrario, eran un punto desde el que fácilmente se podía lanzar un ataque contra Francia. De tal modo, esta región se convirtió en un campo de batalla por la hegemonía europea<sup>8</sup>.

Lo anterior supuso que se ejerciera una gran presión militar y tributaria sobre los Países Bajos haciéndoles soportar casi todo el peso de la guerra. Evidentemente, ello fue rechazado por muchas de las ciudades neerlandesas, así como por los nobles, que sentían cómo sus privilegios se veían afectados. La situación fue empeorando paulatinamente y el enfrentamiento entre las élites locales y Carlos V fue incrementándose. Ninguno de los dos bandos estaba dispuesto a ceder. Si a esto se le añade el constante reclamo de las provincias del norte por una libertad de credo, que el rey no estaba dispuesto a conceder, nos encontramos con un panorama francamente tenso y desesperanzador.

Así, Carlos V veía impotente cómo iba perdiendo el control político y religioso de sus territorios, de la misma tierra en que había nacido. Sin muchas más alternativas, en 1555 decidió abdicar en favor de su hijo,





Felipe II. El nuevo soberano, que ya había sido coronado rey de España, permaneció los primeros cuatro años en los Países Bajos tratando de controlar la situación. Luego de derrotar a Francia y firmar la paz de Cateau-Cambrésis (abril de 1559), Felipe II abandonó los Países Bajos para nunca volver. Aunque los problemas persistían, el rey era consciente de que debía buscar apoyos (y quizás la solución) en sus posesiones castellanas.

Ante la ausencia del monarca, la situación empeoró aún más. Los gobernadores encargados del gobierno eran incapaces de contener los reclamos religiosos y políticos de la nobleza y del pueblo. En 1566, grupos calvinistas solicitaron a Margarita de Parma, quien actuaba como regenta, que se aboliesen las leyes contra la herejía. La respuesta despectiva y negativa de la Corona terminó por irritar a los calvinistas quienes dieron rienda suelta a una furia iconoclasta, atacando iglesias y curas por todo el país.

## La rebelión de los Países Bajos

La violencia y la rebelión fueron escalando por lo que en 1567 Felipe II envió a los Países Bajos a su mejor general, Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, para reprimir a los protestantes rebeldes. Alba y su ejército marcharon desde Milán a través de Suiza y Lorena, por una ruta que pasó a llamarse el Camino Español y que tuvo un papel fundamental enlazando las provincias italianas y los Países Bajos en la larga guerra que estaba por empezar<sup>9</sup>. El duque de Alba era reconocido por su carácter férreo y brutal, así como por su catolicismo a ultranza. Este

hombre llevó a cabo una feroz represión y en muy poco tiempo, gracias a sus victorias militares e implacables castigos, logró reprimir la rebelión.

Este fue el punto en que se quebró definitivamente la vinculación de mucha de la población de los Países Bajos con la Monarquía Hispánica. Alba no cesó en su represión, incluso decapitó a miembros de la nobleza y, además, intentó forzar a las provincias a que aumentasen su contribución económica. Entre los neerlandeses cundía el sentimiento de que sus privilegios habían sido pisoteados y que el monarca no había sido justo, ni había cumplido con sus obligaciones. Este fue el principal argumento que esgrimió Guillermo de Orange (1533-1584) para justificar su rebelión y su separación de la Monarquía Hispánica. Orange sostenía que Felipe II era un rey tiránico, un extranjero conquistador, que no respetaba ni cuidaba a sus súbditos. Este fue el inicio de la famosa leyenda negra que describía al Imperio español como violento, retrógrado y abusivo. El duque de Alba fue presentado como el arquetipo del español conquistador, tiránico, inmisericorde y católico ortodoxo.

Guillermo de Orange fue el líder del movimiento rebelde que culminó con la separación de las Provincias Unidas, articuladas principalmente alrededor de Holanda. Sin embargo, esta fue una lucha larga y bastante costosa en todos los aspectos. Un descontento Orange se había refugiado en sus posesiones alemanas, y desde ahí, una vez reunidos los apoyos suficientes, invadió los Países Bajos en 1568. Este fue el inicio de la guerra de los Ochenta Años.



La guerra en Flandes marcó profundamente la historia y el carácter españoles. Fue el conflicto más importante y duradero en el que se vio involucrada la Monarquía Hispánica y, en gran medida, marcó el pulso de su política internacional. Miles de hombres fueron a luchar a esta guerra y en ella participaron los mejores y más importantes políticos y militares, como Alejandro Farnesio, el duque de Parma (1545-1592) o el genoves Ambrosio Spínola (1569-1630). Este último, por ejemplo, en 1602 llevó a Flandes las tropas que había reclutado y a partir de ese momento toda su vida y actividad girarían en torno a la rebelión, ya fuera negociando la tregua de los Doce Años (1609-1621) o liderando el ejército español en campañas victoriosas célebres como la de 1605 o la toma de Breda (1625), inmortalizada por Diego Velázquez.

Los famosos tercios españoles en Flandes sirvieron como campo de entrenamiento para cientos de soldados y oficiales que luego sirvieron a la monarquía en otras regiones del Imperio. Como lo señalaba Jacinto de Aguilar y Prado, escritor, historiador y soldado que en la década de 1610 fue voluntariamente a luchar a Flandes “porque si un soldado no sirve en aquellos países, parece que sus servicios son de menor tonsura, aunque sean dignos de estimación”<sup>10</sup>. Además, aquella guerra fue un verdadero crisol en el que confluían gentes de muy distintas procedencias y cuyas experiencias comunes los unían e identificaban como españoles<sup>11</sup>.

Sin embargo, la rebelión de los Países Bajos no solo fue un conflicto interno dentro de la Monarquía Hispánica, sino que terminó involucrando a gran parte de Europa<sup>12</sup>. De

hecho, la independencia de las Provincias Unidas fue reconocida como parte de los tratados de la Paz de Westfalia que marcaron el final de la guerra de los Treinta Años (1618-1648), un conflicto en el que participaron todas las grandes potencias europeas<sup>13</sup>.

Más aún, el conflicto hispano-holandés rápidamente adquirió un carácter global<sup>14</sup>. Las Provincias Unidas muy pronto se volvieron una potencia comercial y naval y empezaron a disputar la hegemonía española en América y Asia. Así, por ejemplo, fuerzas holandesas invadieron y ocuparon Salvador de Bahía, en el norte del actual Brasil, en 1624. De la misma manera, en 1642 los holandeses expulsaron definitivamente a los españoles de la isla de Formosa, actual Taiwán, que se convirtió en centro del comercio holandés en la región. Además, los holandeses interpretaron el Nuevo Mundo desde su perspectiva y definieron a las poblaciones americanas como otras víctimas de la tiranía española<sup>15</sup>. En efecto, la amenaza holandesa era claramente percibida por los oficiales españoles a lo largo del mundo, quienes constantemente se quejaban y temían una posible invasión<sup>16</sup>.

## Los Países Bajos del sur

Las provincias del sur de los Países Bajos se mantuvieron fieles al monarca hispano y al catolicismo. Ellas sirvieron de base no solo para los ejércitos que lucharon contra los rebeldes del norte, sino también como un bastión de la Contrarreforma católica<sup>17</sup>. Durante muchos años primó una visión negativa del gobierno Habsburgo de esta época. Para muchos historiadores, habría sido un periodo de retroceso económico,

cultural y, por supuesto, político. Los Países Bajos habrían sido gobernados de manera despótica y autoritaria y habrían estado sometidos a la autoridad del rey español, principalmente a través de la fuerza. En buena cuenta, habrían sido ocupados contra su voluntad por parte de ejércitos invasores.

Sin embargo, nuevos estudios replantean dicha situación y arrojan nuevas luces sobre aquellos años. Se ha demostrado que el gobierno de los Austrias no se basó en la violencia ni en la coerción, ni tampoco fue aquella una época oscura. Como se ha señalado líneas arriba, si bien estas provincias eran parte de la Monarquía Hispánica, siempre mantuvieron un gran nivel de autonomía e independencia y nunca se sometieron a las leyes ni a las costumbres castellanas. Es más, entre 1598 y 1621, durante el gobierno de los archiduques Clara y Alberto, los Países Bajos fueron independientes.

En 1598, Felipe II otorgó a su hija, la infanta Isabel Clara Eugenia, los Países Bajos y el ducado de Borgoña como dote en su matrimonio con su primo, el archiduque Alberto de Austria (su madre era María de Austria, hija de Carlos V). De esta manera, los archiduques se volvieron los legítimos e independientes soberanos de estas provincias. Sin embargo, en la dote también se estipuló que los Países Bajos volverían a los reyes españoles si los archiduques no tenían ningún heredero legítimo. Además, Felipe II dio instrucciones secretas de cómo gobernar la región y Felipe III también participó muy de cerca en el gobierno. Por ello, en 1621, a la muerte del archiduque Alberto y ante la ausencia de un heredero

directo, los Países Bajos regresaron a la Corona española (ahora en manos de Felipe IV); sin embargo, Isabel Clara Eugenia se mantuvo como la gobernadora hasta su fallecimiento en 1633.

Pese a la innegable y poderosa influencia que durante el gobierno de los archiduques ejercieron los reyes españoles, cada vez hay mayor evidencia de que este fue un gobierno autónomo. En su estudio de aquel periodo, Luc Duerloo sostiene que el archiduque estuvo lejos de ser una marioneta. Por el contrario, con mucha argucia, logró balancear sus propios intereses con aquellos de su dinastía, en tanto que en el plano internacional los Países Bajos se constituyeron como un poder intermedio entre las grandes potencias<sup>18</sup>.

En esta línea, Rene Vermeir argumenta que los Países Bajos gozaron realmente de un gran nivel de autonomía. Debido a dificultades propias del idioma (la población hablaba flamenco y francés) y a las peculiaridades irrenunciables de las leyes y tradiciones flamencas, los soberanos españoles y sus gobernadores tuvieron que apoyarse necesariamente en las élites e instituciones locales para poder administrar el territorio y, por lo tanto, tuvieron que negociar constantemente con ellos. De este modo, Vermeir afirma que la integración dentro de la Monarquía Hispánica fue voluntaria por parte de los flamencos, no solo debido a la autonomía de que gozaban, sino también por la protección que recibían, especialmente frente a la siempre constante amenaza de una intervención francesa, y que tal pertenencia al Imperio español no supuso una alienación en el plano político, como tampoco, realmente, en el social y cultural<sup>19</sup>.



## Los Países Bajos y la Monarquía Hispánica

Fueron muchos los vínculos que unieron a los súbditos flamencos con la Corona castellana. Una de las manifestaciones más evidentes de ello fue el patronazgo que promovió Felipe III a favor de miembros de la nobleza flamenca, incluso años antes de que fuera evidente que los Países Bajos volverían a la Corona<sup>20</sup>. Este tipo de estrategias permitió que la nobleza flamenca estuviese bastante articulada no solo con el rey, sino también con los grupos nobles de otras regiones de la monarquía<sup>21</sup>.

Si bien es cierto que el desarrollo meteórico de las Provincias Unidas, que para entonces se erigían como la principal potencia económica y comercial europea, ensombrece el panorama de los vecinos del sur, cada vez cuesta más trabajo afirmar que aquella fuera una época oscura y de atraso para los Países Bajos españoles. Por el contrario, Amberes renació luego de reinsertarse en el sistema financiero y en el comercio de la seda y de otros bienes de lujo. Por otra parte, los jesuitas y sus colegios se volvieron un foco educativo en el norte de Europa, al punto que obispos luteranos de lugares tan lejanos como Noruega se quejaban de que muchas familias estuviesen mandando a sus hijos a estudiar a dichas escuelas católicas<sup>22</sup>. Una de las principales manifestaciones de esta pervivencia de la economía y de la cultura flamencas fueron sus muchas imprentas de altísima calidad<sup>23</sup>. Ciudades como Amberes y Bruselas se convirtieron en centros editoriales y de

traducción de la Monarquía Hispánica y, de este modo, en focos de información y de conocimiento<sup>24</sup>.

Los flamencos supieron aprovechar al máximo su condición de súbditos del monarca castellano y ello les permitió beneficiarse enormemente del comercio transatlántico. Si bien las regiones americanas eran posesión exclusiva de la Corona castellana y, por consiguiente, los flamencos eran considerados extranjeros y su presencia y trato con el Nuevo Mundo estaba muy limitado (así como el de los italianos, portugueses e incluso los aragoneses), también es verdad que tenían muchas más facilidades y mejor trato a la hora de participar en las empresas americanas. En efecto, los flamencos conformaban el grupo más numeroso y dinámico de los extranjeros que vivían en Sevilla y Cádiz, los sucesivos centros de las relaciones españolas con América. No solo participaban, directa e indirectamente, en el comercio transatlántico, sino que controlaban gran parte del comercio europeo por medio del cual la plata americana era rápidamente redistribuida<sup>25</sup>.

Sin embargo, los contactos entre la Monarquía Hispánica y los flamencos no se produjeron tan solo en Europa. Aunque tradicionalmente han pasado desapercibidos para la historiografía, lo cierto es que un buen número de flamencos cruzó el Atlántico y se estableció en tierras americanas y asiáticas. Muchos de ellos se asentaron permanentemente, se convirtieron en vecinos e incluso obtuvieron la carta de naturaleza que los convertía en castellanos a todo derecho<sup>26</sup>. Evidentemente, la gran mayoría de ellos eran comerciantes, pero también